

Arqueología de una presencia: México y Arnaldo Orfila Reynal

◆
PABLO YANKELEVICH

Con cien años a cuestas, en enero de 1997 falleció Arnaldo Orfila Reynal. Las palabras dichas y escritas sobre quien fuera director del Fondo de Cultura Económica durante diecisiete años, y más tarde fundador de la editorial Siglo XXI, subrayan un incansable trasegar en el mundo de los libros, coronado con el merecido título de *decano* de los editores latinoamericanos.

Arnaldo Orfila Reynal residió en México la segunda mitad del siglo que vivió. Su obra se desarrolló en este país, y desde aquí *sus libros* se proyectaron a escala continental. Indagar acerca de la presencia de México en la vida de este hombre obliga a recordar que con su muerte desapareció también el último sobreviviente de un proceso que, hace ocho décadas, iniciaron los estudiantes universitarios argentinos y que al poco tiempo fue catapultado por la más creativa experiencia cultural de la América Latina de entonces: la gesta vasconceliana. Las siguientes líneas tienen por objetivo recrear este encuentro y develar, a la manera de los arqueólogos, la antigua capa que cubre una historia donde cristalizaron esperanzas capaces de gestar empresas culturales como las que lideró Arnaldo Orfila Reynal.

Con toda seguridad, en la vida del joven estudiante, las primeras informaciones sobre México se hicieron presentes a través de la prensa socialista argentina, sobre todo cuando empezaron a fluir noticias relativas a la promulgación de una Constitución que, por primera vez en la historia, incorporaba derechos sociales y laborales. El llamado socialismo yucateco no tardó en despertar solidaridades, y la figura de Felipe Carrillo Puerto pronto se convirtió en paradigma de México en las filas del socialismo rioplatense.

México alcanzó uno de los momentos cumbres de su proyección continental cuando Orfila Reynal tenía 22 años. Responsable de aquella imagen agigantada fue José Vasconcelos, cuya gestión, primero en la rectoría de la Universidad y más tarde al frente de la Secretaría de Educación Pública, terminó por consolidar un auténtico pacto de los intelectuales con la Revolución, al servicio de un proyecto de refundación cultural de originales dimensiones en el espacio latinoamericano.

Ese actuar vasconcelista se instaló en un escenario latinoamericano particularmente sensible a propuestas como las mexicanas, cuyas ideas regeneradoras terminaron por encontrarse con otras gestadas a la sombra de un proceso signado por el ascenso e incorporación al campo de la lucha política de un sector de clases medias, empeñado en impugnar el ordenamiento político vigente. Protagonistas de este proceso fueron la juventud universitaria y toda una pléyade de intelectuales integrantes de la llamada Generación de la reforma.

Orfila Reynal participó en estas luchas, militando en el centro de estudiantes del Colegio Nacional de la Plata. El futuro director del Fondo de Cultura Económica pasó a integrar la Novísima generación, núcleo de jóvenes reformistas consagrados a la tarea de "cambiar fundamentalmente el concepto de autoridad y disciplina que impera en la escuela argentina". Los avatares de esta empresa, por cierto exitosa en su experiencia platense, fueron recreados por el propio Orfila en un artículo publicado en México en 1922:

Se suprimieron los reglamentos, los castigos disciplinarios y las imposiciones, se suprimió la vieja disciplina formal

que hace nacer el respeto y el orden de una obligación, por un respeto y un orden espontáneo en el educando, nacido del ascendiente ético que ha sabido despertar, por sus condiciones intelectuales y morales, el que dirige o el que enseña.¹

Con extraordinaria rapidez, la Reforma abandonó el restringido ámbito de los reclamos universitarios para incorporar temas y problemas de carácter político y social; el estudiantado amplió su espectro ideológico y con ello se inició la mutación hacia posiciones de reforma social. Para aquellos estudiantes, la tragedia de la guerra europea cerraba un ciclo histórico. Una Europa devastada obligó a volver la mirada a América, y aquí, la Revolución mexicana replanteó la necesidad de forjar una conciencia nacionalista, anticospopolita, cargada de un espiritualismo defensivo de reconocibles huellas arielistas. En este sentido, frente a la orfandad de paradigmas que puso al descubierto la gran guerra, la experiencia mexicana, en la era de Vasconcelos, emergerá como modelo de reconstrucción política y cultural.

El mismo Vasconcelos recuperó las banderas de la "revolución estudiantil",² como llamó a las jornadas que, a partir de 1918, protagonizaron los universitarios argentinos. Éstos y sus compañeros latinoamericanos terminaron coincidiendo en el diagnóstico vasconceliano: la hora americana había sonado. Para muchos el porvenir se pensaba socialista, categoría que, por dúctil, fue dotada de un haz de significados tras los cuales emergía la impostergerable necesidad de rehacer un orden social sólo benéfico a minorías privilegiadas. Quizá como ningún otro lema, el del escudo de la Universidad mexicana revela el *espíritu* de la época donde Orfila Reynal tomó contacto directo con México y los mexicanos.

En septiembre de 1921, el México revolucionario se aprestaba a conmemorar el centenario de su independencia. El hispanoamericanismo de ceremonias diplomáticas, de actos y recepciones oficiales, dio cabida al que fue, tal vez, el evento más sobresaliente de aquellas fiestas del centenario: el Primer Congreso Internacional de Estudiantes. Aquel grito lanzado por los jóvenes argentinos en 1918: "estamos pisando una revolución,

estamos viviendo la hora americana", pareció encontrar eco en una asamblea convocada por estudiantes mexicanos bajo el auspicio del rector Vasconcelos y el presidente Obregón.

A lo largo de dos semanas, convocados por la Federación de Estudiantes de México, sesionaron representantes de casi una veintena de naciones. La presencia latinoamericana resultó mayoritaria y en ella, anotó Daniel Cosío Villegas, "la delegación que llamó más la atención fue sin duda la argentina".³ Cinco jóvenes estudiantes: Héctor Ripa Alberdi, Arnaldo Orfila Reynal, Miguel Bochil, Enrique Dreyzin y Pablo Vrillaud, en representación de la Federación Universitaria Argentina y de cuatro agrupaciones locales (Buenos Aires, La Plata, Córdoba y Santa Fe), constituían la delegación que ostentaba la mayor representatividad y pusieron en evidencia el alcance de la organización del estudiantado argentino, al asumir un liderazgo producido, sin duda, por el triunfante movimiento de Reforma universitaria.

³ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976, p. 72.

¹ Arnaldo Orfila Reynal, "Notas sobre el movimiento universitario en la Argentina", en *Boletín de la Universidad Nacional de México*, SEP, México, abril de 1922, p. 419.

² José Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, Cosmos, Barcelona, 1925, p. 175.



La presidencia del congreso fue asumida por Daniel Cosío Villegas, acompañado por Héctor Ripa Alberdi, jefe de la delegación argentina, en calidad de vicepresidente.⁴ Vasconcelos, con sus propuestas educativas y proyectos de unión continental, apuntaló una atmósfera de sublimado hispanoamericanismo. Y entre aquel fárrago de discursos, el presidente Obregón, con paradójica sonoridad, asumió como propias las banderas vasconcelistas, para explayarse en cuestiones particularmente sensibles a la conciencia crítica de los intelectuales latinoamericanos: “la fuerza bruta es incapaz de victorias definitivas. La inteligencia y la cultura son llamadas a gobernar el mundo”.⁵

Los delegados de Argentina y México destacaron por su activa participación en los debates; ellos “dominaron el Congreso con su devoción ardiente a las nuevas ideas de regeneración social e impusieron las generosas resoluciones adoptadas”. En efecto, los acuerdos finales reflejaron la voluntad universitaria de asumir compromisos acordes con un ineluctable diagnóstico de los tiempos por venir: “la juventud universitaria proclama que luchará por el advenimiento de una nueva humanidad” donde no exista “la explotación del hombre por el hombre”, por una humanidad opuesta al principio patriótico del nacionalismo y orientada a “la integración de los pueblos en una comunidad universal”, por construir “una nueva organización social que permita la realización de los fines espirituales del hombre” y que tenga como “base y garantía” una escuela reformada, capaz de convertirse “en el laboratorio de la vida colectiva”. El reclamo democratizador se hizo presente en la condena a los gobiernos tiránicos de América Latina, en la defensa del principio de autodeterminación de los pueblos y en el rechazo a las tendencias imperialistas

y hegemónicas de los Estados Unidos de América.⁶ En el imaginario de Orfila Reynal, aquella experiencia es recordada como la fundación de la Primera Internacional de Estudiantes.⁷

En aquella primera visita a México, el fundador de la Editorial Siglo XXI conoció a Pedro Henríquez Ureña, con quien sentó las bases de una duradera amistad y, al poco tiempo, se trasladaría con él a Argentina:

Yo no sé por qué, pero, desde que nos conocimos, Pedro mostró especial amistad hacia los delegados argentinos; durante las reuniones del Congreso estuvimos mucho tiempo juntos, y también fuera de ellas; de hecho, él se interesaba mucho por la historia cultural de nuestro país; la penetraba con agudeza, como solía hacerlo cuando algo le



interesaba. Por eso nos visitaba en el hotel de la Avenida Reforma en el que nos hospedábamos, pues así podíamos continuar nuestras conversaciones y discusiones.⁸

⁶ “Resoluciones del Primer Congreso Internacional de Estudiantes”, en *Boletín de la Universidad Nacional de México*, t. III, núm. 7, diciembre de 1921, pp. 69-75.

⁷ “Conversación en La Habana. Una entrevista con Arnaldo Orfila Reynal por Guillermo Schavelzon”, en *Nexos*, núm. 242, México, febrero de 1998, p. 76.

⁸ “Don Arnaldo Orfila Reynal: la huella indeleble”, entrevista de Víctor Díaz Arciniega, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 270, México, junio de 1993, p. 41.

⁴ *El Universal*, México, 21 de septiembre de 1921.

⁵ *El Universal*, México, 1 de diciembre de 1921.

Los jóvenes argentinos no ocultaron su sorpresa por el “descubrimiento” de aquel intelectual y se sintieron halagados ante una “insólita” relación que de inmediato trascendió la mera simpatía:

[En México] descubrimos la existencia de Pedro Henríquez Ureña. Cuando preguntábamos su nombre ... se nos decía en voz baja que era uno de los hombres más cultos de habla española. Era un erudito ... Dirigía una rama del proceso de transformación educacional de Vasconcelos. Había sido maestro del grupo renovador del México antiporfirista y anticientífico ... Más maduro que nosotros, no podíamos percibir cómo era posible que un hombre tan sobresaliente por su sabiduría, pudiera ocupar, al lado nuestro, los escaños de la Escuela Nacional Preparatoria, compartiendo los debates, conviviendo la hirviente inquietud estudiantil de aquellos días tan esperanzados del mundo de la posguerra.⁹

El Congreso de Estudiantés y las actividades que giraron a su alrededor acercaron a mexicanos y argentinos, pero una vez concluido el encuentro los universitarios rioplatenses fueron nuevamente sorprendidos, esta vez por la hospitalidad mexicana. José Vasconcelos y Daniel Cosío Villegas invitaron a la delegación argentina para que

acompañáramos a Ramón del Valle Inclán en un viaje organizado por el gobierno mexicano para que el poeta y dramaturgo conociera algunas regiones de México. Así, junto con Julio Torri, Pedro, Daniel, don Ramón y nosotros cinco, abordamos un carro de ferrocarril especialmente fletado. Durante un mes viajamos por la costa del Pacífico.¹⁰

Aquellos intercambios a lo largo del congreso, y sobre todo durante los intensos días del viaje, permitieron la formación del núcleo que una década más tarde establecería el Fondo de Cultura Económica.

Mientras tanto, los delegados argentinos fueron comisionados para fundar filiales de la organización estudiantil en los Estados Unidos, Centroamérica y Europa.

Todos partieron a Nueva York y desde ahí Ripa Alberdi y Bochil se dirigieron a Panamá y Perú, mientras que Orfila Reynal, Dreyzin y Vrillaud pasaron a embarcarse a Europa. En La Sorbona, “nos recibieron con simpatía” y “hablamos frente a un auditorio de más de un centenar de estudiantes y profesores”. En Madrid los resultados “fueron extraordinarios”, sobre todo por las cartas de presentación firmadas por Vasconcelos y Torri, que serían entregadas al entonces encargado de Negocios de México: Alfonso Reyes. Gracias a sus gestiones, se estableció contacto con grupos universitarios e intelectuales; entre ellos, indica Orfila Reynal, “conocí a personas con las que trataría durante muchos años: Enrique Díez Canedo, Azaña, Rivas Cherif”.¹¹

De regreso a su país, Orfila Reynal sumó su esfuerzo al de otros universitarios e intelectuales, para terminar constituyendo un espacio de referencia obligada de vínculos y actividades entre México y Argentina. Así, por ejemplo, el joven congresista todavía estaba en Europa cuando descargaron a su nombre, en el puerto de Buenos Aires, “dos cajas y un baúl conteniendo libros y objetos arqueológicos” enviados por Vasconcelos. La legación mexicana realizó gestiones aduanales para garantizar la entrega de esos bienes a un destinatario que, al poco tiempo, fue responsable de “montar la primera exposición de cultura mexicana” en la ciudad de Buenos Aires.¹²

El contacto directo, las conversaciones y las discusiones cedieron paso al intercambio epistolar. Ensayos alentados por inquietudes culturales y políticas acortaban las distancias entre viejos y nuevos amigos. Hacia 1923, un núcleo de la Novísima generación, en la ciudad de La Plata, bajo la tutela intelectual de Alejandro Korn, comenzó a editar la revista *Valoraciones*. Con esta publicación, se salió al encuentro de colaboradores extranjeros y, entre ellos, los mexicanos dejaron abultado testimonio. En octubre de aquel año, Orfila Reynal escribía a Alfonso Reyes:

Cumplo con el encargo de un grupo de muchachos amigos que edita la revista que adjunto [*Valoraciones*] y que me piden que le escriba a Ud. ... Para nosotros, estudiantes aún, representa un enorme esfuerzo, ya que también

⁹ Arnaldo Orfila Reynal, “Palabras de despedida con motivo del viaje a EU de Pedro Henríquez Ureña en 1940,” en *México en la Cultura, Publicación del Instituto Cultural Argentino-Mexicano*, núm. 22, La Plata, enero-marzo de 1957, pp. 9 y 10.

¹⁰ “Don Arnaldo Orfila Reynal...”, p. 41.

¹¹ *Ibid.*, p. 42.

¹² Archivo Histórico-Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHSRE), 1922, leg. 18, exp. 1, ff. 57 y 58; Archivo de la Embajada Mexicana en Argentina (AEMARG), 1922, leg. 19, exp. 4, f. 46.

luchamos en la Universidad y fuera de ella, ... queremos que Ud. nos dé una colaboración. Escribanos algo para esa revista que anhelamos sea la voz de Latinoamérica y España.¹³

Reyes se sumó a la lista de colaboradores mexicanos que en realidad había inaugurado Daniel Cosío Villegas con su ensayo "La pintura en México".¹⁴ Tiempo después otros autores se agregaron: Enrique González Martínez, Diego Rivera, José Vasconcelos y por supuesto Pedro Henríquez Ureña.

Un espacio de referencias cruzadas entre México y Argentina fue tomando cuerpo. La utopía de una internacional de estudiantes creó un universo de relaciones ensanchadas notablemente con la presencia del poeta Enrique González Martínez, embajador de México en Buenos Aires.

Pero, además, las Misiones culturales de Vasconcelos también alcanzaron dimensión continental. En 1922, el secretario de Educación Pública, en compañía de Julio Torri, Carlos Pellicer y Pedro Henríquez Ureña, realizó una gira sudamericana y, como parte de ella, durante mes y medio visitó Argentina.

Vasconcelos desembarcó en Buenos Aires y las expectativas despertadas por este viaje se colmaron ampliamente con sus primeras impresiones. La atmósfera de libertad que inundaba "la gran metrópoli", la belleza de sus trazos arquitectónicos, "el tráfico nutrido que se desborda por un centenar de avenidas", la fuerza de la asimilación en millares de inmigrantes, y hasta la hermosura de las mujeres —"la calle Florida a las doce es un drama de represión del deseo"—, ubicaron al viajero a las puertas de una civilización que para México debía ser motivo de consuelo y orgullo:

de consuelo porque nos demuestra que puede haber civilización aún allí donde no se habla inglés, donde no hay nada o casi nada del Norte; y orgullo porque es aquél el centro del continente latino, la capital de la raza, la sucesora de Madrid, la que no se verá superada en muchos años por ninguna ciudad de habla española, y por muy pocas de lengua extranjera.¹⁵

Desde su llegada a Buenos Aires, Vasconcelos fue rodeado por un grupo de amigos. Entre ellos, Orfila Reynal hizo las veces de secretario de la delegación mexicana:

Si en México mi cercanía con Vasconcelos estuvo limitada por múltiples razones, en Buenos Aires no fue así. Desde que desembarcó estuve junto a él, tanto que el presidente de la República le ofreció dos ayudantes: yo y otro compañero que habíamos asistido al Congreso de México fuimos designados algo así como secretarios de la misión mexicana.¹⁶

Los primeros días, mientras se ajustaban detalles de lo que fue una atiborrada agenda de actividades, en compañía de "los muchachos estudiantes paseamos la ciudad en todos los sentidos".¹⁷ En la primera salida de Buenos Aires, Vasconcelos visitó Córdoba, cuna "de este célebre movimiento universitario estudiantil que se ha ido propagando por toda la América".¹⁸ Casi de inmediato, viajó a La Plata, en cuya universidad Pedro Henríquez Ureña habló de la realidad mexicana como la cristalización de una nueva utopía: *la utopía de América*.

Concluida la misión, la Secretaría de Educación Pública estimuló y promovió intercambios y encuentros entre juventudes universitarias y hombres de la cultura de América Latina. Las publicaciones mexicanas llegaron en nutridas cantidades a Argentina y, entre sus destinatarios, Orfila Reynal compartía el privilegio de serlo con otros como José Ingenieros, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones.¹⁹ Orfila Reynal, convertido ya en referencia obligada respecto a México, comenzó a ser llamado por sus amigos: "el cónsul de México".

Esta vinculación se vio ensanchada cuando Pedro Henríquez Ureña, distanciado de Vasconcelos, decidió trasladarse a Argentina. "El cónsul" fue responsable de la primera inserción laboral del dominicano:

En 1924 Pedro Henríquez Ureña me escribió a La Plata para solicitar le consiguiera cualquier cosa, dado que la situación en México se había vuelto intolerable para él ... Consulté a mi viejo profesor de secundaria y amigo, el poeta Rafael Alberto Arrieta; con su intermediación, que fue fácil conseguir debido a su admiración por Pedro, le con-

¹³ Archivo Alfonso Reyes, Capilla Alfonsina (AAR-CA), Carta de A. Orfila Reynal a Alfonso Reyes, La Plata, 2 de octubre de 1923.

¹⁴ Daniel Cosío Villegas, "La pintura en México", en *Valoraciones*, año 1, núm. III, La Plata, abril de 1924, pp. 209-216.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 156 y 157.

¹⁶ "Don Arnaldo Orfila Reynal...", p. 43.

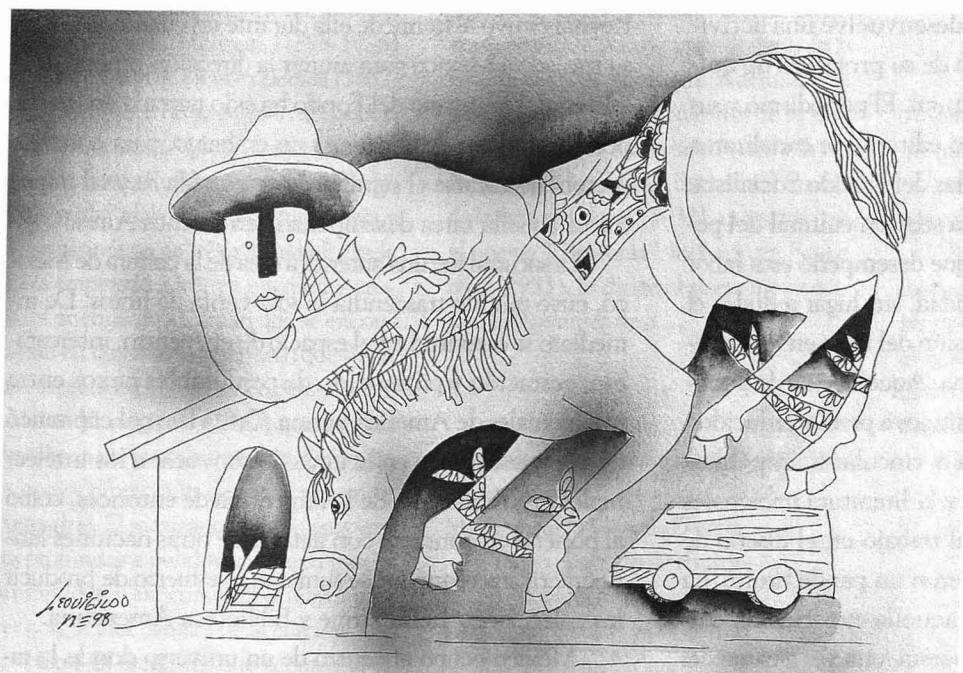
¹⁷ Vasconcelos, *op. cit.*, p. 156.

¹⁸ *Ibid.*, p. 174.

¹⁹ AHSRE-AEMARG, 1921-1923, leg. 21, exp. 1, f. 9.

seguimos tres cátedras de literatura en el Colegio Nacional Platense. Anunció su inminente traslado a Buenos Aires ... A los pocos días, un mes escaso, y en compañía del embajador Enrique González Martínez, lo estábamos recibiendo en la dársena norte de Buenos Aires.²⁰

Henríquez Ureña, durante las últimas décadas de su vida y como parte de las actividades académicas desarrolladas en las ciudades de Buenos Aires y La Plata, se desempeñó como un eficaz promotor y difusor de la cultura mexicana. Orfila Reynal colaboró en esas tareas, que se vieron potenciadas a partir de la llegada de Alfonso Reyes a Buenos Aires en 1927.



En efecto, la presencia de Reyes durante aquella su primera embajada en Argentina sirvió para anudar un universo de relaciones en el campo de la cultura rioplatense. Proyectos literarios y empresas editoriales como Los Cuadernos del Plata sirvieron para tender redes con el vanguardismo argentino. Los vínculos resultaron perdurables. A mediados de la siguiente década, de nuevo en Buenos Aires, Reyes terminaría estrechamente unido con la intelectualidad de *Sur*, la revista de Victoria Ocampo, convertida ya en el espacio de la vanguardia de las letras argentinas.

Antes de la llegada de Reyes, la relación con Orfila no trascendía el intercambio de cartas, todas ellas mediadas por la recomendación de Henríquez Ureña. Al pro-

mediar 1925, el entonces embajador en París volvió a recibir una carta fechada en la ciudad de La Plata:

Soy uno de los tres argentinos mexicanizados que le visitaron en Madrid por el 1922, le escribo en nombre de los muchachos de *Valoraciones* para reclamarle la presencia entre nosotros ... Sabemos que Pedro ya le expresó a Ud. nuestro gran deseo de contar con su colaboración para nuestra revista, como nos la envió tan cordialmente a mi pedido el año anterior.²¹

Desde La Plata, Orfila Reynal mantenía contacto epistolar con Daniel Cosío Villegas, quien en 1925, radicado

en los Estados Unidos, estudiaba en Harvard; pero también en aquella ciudad terminó por constituirse un núcleo altamente sensible a las cuestiones mexicanas. Orfila Reynal participó con intensidad en la organización de eventos, reuniones y actos; fue el caso, por ejemplo, de una exposición de pintura donde se exhibieron obras de los artistas mexicanos Rodríguez Lozano y Castellanos.²² De suerte que, al decir de Reyes, “la ciudad universitaria de La Plata se llenó de objetos mexicanos. Todavía allá cantan cancio-

nes mexicanas. A mí me recibieron con ellas”.²³ A partir de ese momento, la amistad de Orfila con Reyes se estrechó: “todos los sábados solía visitarlo, y frecuentemente asistía Pedro”. Pero también el viaje se realizaba en sentido inverso: don Alfonso solía ir a La Plata, que le gustaba mucho y ante la cual llegó a decir: “así habrá sido Atenas”.²⁴

²¹ AAR-CA, Carta de Arnaldo Orfila Reynal a Alfonso Reyes, La Plata, 4 de agosto de 1925.

²² Carta de Pedro Henríquez Ureña a Daniel Cosío Villegas, La Plata, 12 de noviembre de 1925, en Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, Universidad Nacional, Santo Domingo, 1980, t. vi, p. 380.

²³ Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, Buenos Aires, 21 de enero de 1929, en Serge Zaitzeff (comp. y notas), *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, El Colegio Nacional, México, 1993, t. ii, p. 186.

²⁴ “Don Arnaldo Orfila Reynal...”, p. 43.

²⁰ “Don Arnaldo Orfila Reynal...”, p. 43.

En la ciudad de La Plata, los jóvenes de *Valoraciones* reeditaron, en versión rioplatense, la experiencia mexicana del Ateneo de la Juventud. En esa tarea, la huella de Henríquez Ureña resulta fácilmente reconocible en proyectos como el de la Universidad Popular Alejandro Korn, institución cuyos objetivos denotan marcadas semejanzas con los de la Universidad Popular que, en 1912, crearon los ateneístas mexicanos. Orfila Reynal participó en la fundación de ese establecimiento de extensión cultural que, en la década de los treinta, sacó a la educación universitaria platense de su rincón académico para llevarla a la calle a través de cursos en sindicatos, plazas y teatros. Don Pedro y don Alfonso, en reiteradas oportunidades, colaboraron dictando conferencias sobre temas literarios.

Entre tanto, Orfila Reynal desenvuelve una actividad que oscila entre el ejercicio de su profesión de químico y labores de promoción cultural. El periodismo y sus primeras incursiones en el medio editorial se canalizan a partir de una militancia en las filas del Partido Socialista. Es así como terminó a cargo de la sección cultural del periódico *La Vanguardia*. Y desde que desempeñó esta labor se vinculó con la editorial Claridad, sin lugar a dudas el experimento más exitoso de difusión del libro en la primera mitad del siglo xx en Argentina. Aquella casa de publicaciones difundió centenares de títulos a precios reducidos, en una iniciativa que apuntaba a vincular a un público amplio con obras de la política y la literatura nacionales e internacionales. Orfila Reynal trabajó en el diseño de una colección de la que aparecieron un par de títulos. La extensión y la importancia de aquella experiencia editorial sirvieron de base a su propuesta, una vez a cargo del Fondo de Cultura Económica, para crear la célebre colección Breviarios.

Al promediar la década de los treinta recibió desde México *El dólar plata*, de William P. Shea, primer libro de la editorial que su amigo Cosío Villegas acababa de fundar y poco después un envío que contenía los primeros ejemplares de *El Trimestre Económico*, para desde entonces convertirse en destinatario de los diferentes títulos que comenzaba a publicar el Fondo.

En 1939, como corresponsal de *La Vanguardia*, viajó a España a cubrir las noticias de la Guerra Civil. La defensa de la República y su militancia antifranquista volvieron a tender lazos con la intelectualidad mexicana, enfrascada como estaba ella en el rescate de la *inteligencia* española, empresa que, como es sabido, en buena medida lideraron sus amigos Cosío Villegas y Alfonso Reyes.

De regreso en Argentina, encontramos a Orfila Reynal participando en la creación del Instituto Cultural Argentino-Mexicano, organismo fundado a instancias de la embajada de México en Buenos Aires, a los fines "de gestionar, cooperar y difundir actividades artísticas y científicas entre las dos naciones".²⁵ De suerte tal que cuando, en 1943, Cosío Villegas se lanza a la aventura de abrir una sucursal del Fondo en Buenos Aires, no es de sorprender en quién se pensó para dirigirla: "hasta donde sé fue Pedro Henríquez Ureña quien sugirió la idea de crear una sucursal del Fondo en Argentina, y, también, don Alfonso Reyes, quienes sugirieron que fuera yo el gerente ... Daniel aceptó la propuesta de inmediato y por medio de un cable me lo hizo saber."²⁶

La sucursal abrió sus puertas en enero de 1944. Orfila Reynal estuvo al frente de ella durante un cuatrienio, hasta su traslado a México para asumir la dirección general de la editorial. La historia del Fondo ha sido narrada en detalle por Víctor Díaz Arciniega;²⁷ sin embargo, para concluir, merece destacarse el significado que Orfila Reynal imprimió a aquella tarea desempeñada en Buenos Aires.

La sucursal fue una auténtica casa de la cultura de México, cuyo mundo trascendía la sola venta de libros. De inmediato se convirtió en el espacio de encuentro, intercambio, gestación y promoción de perdurables nexos entre intelectuales de América Latina. Orfila Reynal capitaneó esta empresa, tanto en la tarea de convocar a los intelectuales más destacados de la Argentina de entonces, como al ponerse en contacto con autores de otras naciones latinoamericanas para que se sumaran al esfuerzo de producir las colecciones Tierra Firme y Biblioteca Americana.

México ocupó el centro de un universo donde la tarea editorial fue también la de construir puentes para que transitara la voluntad renovadora de toda una generación de intelectuales de América Latina. En el fondo, el Fondo de Orfila Reynal se significó como la materialización, en el terreno de cultura, del encuentro de dos movimientos coetáneos: el de la Reforma universitaria y el de una intelectualidad mexicana comprometida con la reconstrucción revolucionaria. Una especie de vasconcelismo editorial: espacio, en suma, donde la apuesta por los libros no era más que un reflejo de la confianza depositada en la fuerza transformadora de las ideas hechas libros. ♦

²⁵ Instituto Cultural Argentino-Mexicano, *Estatutos*, Claridad, Buenos Aires, 1939, p. 3.

²⁶ "Don Arnaldo Orfila Reynal...", p. 19.

²⁷ Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1990)*, FCE, México, 1994.